"Miti pagani, Mistero Cristiano" (Mitos paganos, Misterio Cristiano)

Danielou, Jean (1955)

Por una parte, es científicamente cierto que Jesucristo es un hombre. Quiero decir que ningún científico serio discute el hecho que haya existido un hombre llamado Jesús, que vivió en Galilea. Esto no lo pone en duda ningún exegeta serio, sea ateo, hebreo o protestante. Muchos exegetas discuten el hecho de que Jesús sea hijo de Dios, pero esta es otra cuestión sobre la que volveremos. No conozco a nadie que discuta seriamente el hecho de que Jesús de Nazaret sea un personaje histórico, ya que el conjunto de los testimonios convergentes que poseemos sobre él entra en el mismo género de informaciones que poseemos sobre otros personajes históricos de los que nadie discute su existencia. Nadie pone en duda el hecho de que Buda sea un personaje histórico, nadie discute la existencia de Sócrates. Y no tenemos sobre Buda ni sobre Sócrates datos más precisos de los que tenemos sobre Jesús, que nos vienen de testimonios cristianos y no cristianos.

Para muchos hombres, precisamente Jesús representa sólo una de las figuras religiosas más altas de la humanidad, quizás la más alta. Pero hay otra certeza, de carácter igualmente científico: y subrayo científico en cuanto que no puede ser puesta en discusión por un espíritu honesto. Debo precisar de qué certeza científica hablo. Esta certeza, y puntualizo mis palabras, es la de que Jesús de Nazaret reclamó para sí una autoridad y una dignidad divinas. Con esto no quiero afirmar que Jesús tuviera el derecho. Este problema se pondrá en seguida. Exactamente él murió precisamente porque le fue discutido ese derecho. Fue

mandado a la muerte por blasfemo. Y la pretensión de una dignidad divina constituye la prueba decisiva inscrita en la trama misma de su historia. Fue ejecutado sobre la base de una declaración de un testigo que afirmaba haberlo oído definirse igual al Templo. El Templo, para cualquier hebreo, representa el lugar de la presencia de Dios. El Sumo Sacerdote, en ese momento se rasgó las vestiduras diciendo: “Ha blasfemado, ya que se ha hecho igual a Dios. ¿Qué pensáis de Él?" Y el Sanedrín respondió: “Merece la muerte”. Se trató de una sentencia legítima, ya que la ley hebrea castiga con la pena de muerte la blasfemia del hombre que se declara igual a Dios. Haciendo esto, la ley judía puede estar en lo justo. Para un hombre, declararse igual a Dios representaba una culpa enorme. Y la denuncia de cualquier forma de idolatría representa una verdad primordial y común para los hebreos, los musulmanes y los cristianos. Solo Dios es Dios.

Es evidente que Jesucristo se declaró Dios: es una certeza histórica. No sólo con las palabras, sino, en modo más autorizado, nunca dejó de tener comportamientos que implicaban reclamar una autoridad y una dignidad divinas –y estoy midiendo las palabras. Hay ejemplos muy claros. Reclamó el derecho de perdonar los pecados; y cuando perdona los pecados al paralítico, los fariseos dicen: “este hombre blasfema, ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios?” Esta es unan prueba. De parte de un hombre cualquiera, la pretensión de perdonar los pecados sería una estupidez. El pecado es cosa entre Dios y el hombre. Los fariseos, por tanto, entendieron perfectamente que cuando Jesús decía: “Tus pecados quedan perdonados” reclamaba para sí algo que pertenece sólo a Dios. Cuando Cristo dijo: “El Hijo del Hombre es señor del Sábado”, los fariseos replicaron: “este hombre blasfema”. Y tenían razón porque el Sábado había sido instituido por Dios. Y, por ello, sólo Dios era señor del Sábado.

Cito una conversación tenida con un rabino que me dijo un día: "Padre, hay una cosa que nosotros reprochamos a Jesucristo, y es haber roto la Ley, y que la Ley había sido establecida por Yahvé en el Sinaí, y sólo Dios puede modificar lo que Dios ha establecido." A lo que yo repliqué: "Rabino, no podía decirme nada que me diera tanto gusto, porque es verdad que Jesús ha cambiado la Ley, y esto, efectivamente, sólo puede significar una cosa: que, como ud. ha dicho, y tiene razón en decir, sólo Dios puede modificar lo que Dios ha establecido, Jesucristo pretendió tener una autoridad igual a la del que había establecido la Ley, o sea, de Yahvé en el Sinaí." Y los hebreos lo comprendieron perfectamente y siguen comprendiéndolo. Y este argumento permanece válido tanto para un judío de 1966 como cuanto lo era para los judíos contemporáneos de Cristo.

Es, por tanto, científicamente incontestable que Jesús de Nazaret haya reivindicado una autoridad, una dignidad y, finalmente, una naturaleza, que son las mismas de Dios. Él ha reivindicado su pertenencia a la esfera de Dios con su propio comportamiento, y la ha reivindicado con su palabra. Se podrían dar, a este propósito, innumerables ejemplos. Todo el evangelio de San Juan no hace otra cosa que repetirlo: "El Padre y yo somos una sola cosa". "Yo he salido del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo este mundo y vuelvo a mi Padre". Es cierto –y también en este caso mido las palabras- que cualquier historiador honesto puede estar de acuerdo con todo lo que he dicho hasta ahora: y no he dicho nada que no pueda ser acogido por cualquier inteligencia.

Vengo ahora al problema que Jesús pone a todos los hombres. Jesús de Nazaret ha pretendido una autoridad divina. Esto no puede ser un intento de engañarnos. Un impostor puede arrogarse la pretensión divina. En la historia muchos más de un impostor han declarado: "Yo soy Dios" y ha tratado de reunir un grupo de discípulos. Pero no ha durado mucho. En segundo lugar, quien se declara Dios puede ser un iluminado. Llamo impostor al que actúa de mala fe, quien sabiendo

bien no ser lo que pretende, recita el papel para engañar. Llamo, por el contrario, iluminado al que, en el límite entre la locura y la generosidad, confunde los planos, generando confusión en un ámbito en el que la confusión es uno de los fenómenos más dolorosos que pueda haber, en el que algunas formas de enfermedad nerviosa asumen formas místicas. Esto, por lo demás, nos hace subrayar cuánto la religión auténtica sea sana, sensata, fundada ante todo sobre lo real y del todo ajena a ciertas formas de exaltación. Puede haber exaltados, ciertamente, pero es precisamente en esos casos que son sospechosos, inquietantes, no desde el punto de vista de la intención sino además de la realidad misma.

Permaneciendo siempre en el plano de las afirmaciones incontestables, todos los hombres, sin excepción, están de acuerdo en reconocer, al menos, en Jesús, una de las figuras más eminentes de la historia de la humanidad. Y digo todos los hombres porque en esto están de acuerdo no sólo los cristianos, sino también los demás. Basta leer los libros escritos sobre Jesús por hebreos como Edmond Fleg, como Robert Aron, como Jules Isaac, como Shalom Asch. Ellos no creen en la divinidad de Jesús, pero ven en él una de las expresiones más eminentes de la estirpe de Israel. Si tomamos a los musulmanes, Jesús, Ischa, ocupa en el Corán un puesto considerable. Y Mahoma veía en Jesús el más grande de los profetas. Tomad a los hindúes: Gandhi, Aurobindo, veían en el Sermón de la Montaña la cima más alta de la religión humana.

Y he aquí la verdadera cuestión. La cuestión es precisamente esta. En primer lugar, es incontestable que Jesús haya pretendido una dignidad divina. En segundo, lugar es innegable que Jesús no fue ni un iluminado ni un impostor. Se presenta, por tanto, el problema: y me limitaré al mínimo indispensable, sin añadir nada, porque hasta ahora he usado sólo fórmulas comprensibles a cualquiera, o sea, que no presupusieran o implicaran la fe cristiana. El problema

que se presenta en este punto es saber si los títulos que Jesús reivindica para sí sean tales que, aunque ello parezca inverosímil (porque es inverosímil que un hombre sea Dios), se deba sin embargo confiar en su palabra, de modo que, en este único caso, lo inverosímil parezca verdadero. Y, por tanto, que la acusación de blasfemia que le hicieron a Jesús los judíos, que en cualquier otro caso estaría justificada, no se aplicable en este único caso.

Los cristianos de todas las confesiones son simplemente aquellos que, habiendo examinado los títulos de Jesús, estiman, después de un examen lúcido, honesto, severo, que parte de la crítica textual para llegar al contenido de las afirmaciones relativas a la persona de Jesús y a la persona de los apóstoles (camino que, bien entendido, ningún cristiano puede hacer por sí solo, sino que todos los cristianos deben saber que lo hacen muchos exegetas y estudiosos serios): los cristianos, por tanto, son aquellos que, habiendo examinado todo esto, creen tener el derecho, y por lo mismo el deber, en toda lucidez intelectual, de hombres de 1966, de reconocer como verdadero el hecho de que Jesús de Nazaret, un hombre que ha vivido sobre esta tierra, es al mismo tiempo la presencia de Dios entre nosotros. De Dios que habla a Dios, de Dios que se vuelve al Padre, de Dios que nos dice: "Yo vengo del Padre y voy al Padre". De Dios que es persona dotada de subsistencia propia, distinta de otra persona, que el precisamente la persona de Dios Padre a la cual se vuelve (rivolge).

Y bien, esto es lo que nos impone el Nuevo Testamento. Es el dato escueto del que estamos hablando. Lo resumiría en dos fórmulas. En primer lugar, el Nuevo Testamento nos pone ante el hecho de que Jesús es Dios: en segundo lugar, al hecho de que Jesús es distinto de Dios, o sea, del Padre, Dios enviado por Dios que envía. Esta afirmación por sí sola resume todo lo que las Escrituras dicen sobre Jesús: o sea, que es una persona divina. En esto se esconde el misterio. La característica propia del misterio es precisamente la de imponérseme no en

virtud de ninguna deducción lógica o de alguna necesidad interior, sino al contrario, como una realidad que sacude (sconvolge) mis hábitos mentales, que interviene turbando mi exigencia de lógica y de racionalidad y que, sin embargo, se me impone como supremamente real. Lo real, de hecho, que se me impone de tal modo que, por más que lo quiera, no lo puedo rehusar (ricusare= rehusar, negar, recusar). Si se me impusiera en virtud de una necesidad interior que lo contuviese ya, podría siempre decir que, en ese caso, lo he inventado yo. Este es el motivo por el cual, sin negarle del todo su validez, no amo mucho el argumento sobre la existencia de Dios que consiste en afirmar: tengo un infinito deseo de felicidad, ninguna criatura puede colmar ese deseo infinito, debe por tanto existir un ser en grado de colmar este deseo infinito de bien. No me fío mucho. Es demasiado simple. Y tiene demasiado el aire de querer decir que Dios representa la proyección hacia fuera de mí de una cierta insatisfacción fundamental. Pero, sobre todo, ¿por qué no podría ser yo fundamentalmente insatisfecho? Es la respuesta que me daría Sartre, y en este caso, Sartre tendría razón. Sartre tiene toda la razón cuando dice: yo llevo conmigo más de lo que cualquier objeto pueda darme. Mi libertad trasciende todo lo que este mundo puede ofrecerme. ¿Es necesario que yo sea feliz?

Pero precisamente Jesucristo no es eso. Jesucristo no viene a satisfacer las necesidades de mi intelecto. Él presenta una turbación para mis hábitos o actitudes de mi inteligencia. Y también por esto experimento tanta resistencia a creer en él. Y es una provocación más grave todavía para el transcurrir tranquilo de mi existencia. Si Jesucristo no existiera o si no afronto ese hecho, estaría yo más tranquilo. Por esto es radicalmente falsa la argumentación de un ateo que dice que el cristianismo es un descanso. Es claro que no lo vive desde dentro. Hay moradas, escondrijos, humanismos más confortables, más vacíos dentro de los cuales es más fácil la propia pequeña vida más tranquilamente.

Si Jesús representa algo, es ciertamente el que nos trae una turbación inmensa, como decía Jacques Rivière, una vez que el amor ha entrado en nuestra vida, lo sabemos bien, no podemos pertenecernos a nosotros mismos.